

## Los Libros

JEAN JAURES, DEMÓCRATA Y PACIFISTA, por *Julio César Jobet*

Jean Jaurés nació en Castres, departamento del Tarn, el 3 de septiembre de 1859. Después de realizar sus estudios secundarios entró a la Escuela Normal Superior en 1878. De ahí salió como «Agregado de Filosofía», tres años más tarde. Fué designado profesor de Filosofía en el Liceo de Albi, donde enseñó de 1881 a 1883, y se incorporó a la Facultad de Letras de Tolosa. Lo designaron diputado, por primera vez, en las elecciones de 1885, por el Tarn, su comarca natal, integrando una lista política de centro-izquierda. Es durante el ejercicio de esta diputación cuando comienza a nacer en Jaurés el pensamiento socialista. En las elecciones de 1889 se presentó por Castres, siendo derrotado. Se reincorporó a la Facultad de Tolosa y se recibió de Doctor en Letras con sus tesis sobre «La realidad del mundo sensible» y «Los orígenes del socialismo alemán».

A comienzos de 1892, al sostener en la Sorbona su tesis de doctorado sobre los orígenes del socialismo alemán, se puede considerar que ha sido conquistado plenamente por la doctrina socialista. En esta tesis Jaurés busca, y encuentra en gran parte, los orígenes del socialismo alemán contemporáneo, no, como el marxismo, en el proceso económico y el desarrollo del capitalismo moderno, no en el materialismo de la extrema izquierda hegeliana, sino en los filósofos idealistas; en las aspi-

raciones morales y sociales de Lutero y el movimiento de la Reforma; en el idealismo de Kant; en la teoría del progreso indefinido de Fichte y en la doctrina de Hegel.

Tal vez la orientación de esta tesis señala ya el carácter de la posición socialista, muy particular, de Jaurés. Adepto al materialismo histórico, a la luz del cual ensayó interpretar el desarrollo de Francia desde la gran revolución, es al mismo tiempo un filósofo idealista; afirmando la realidad de la lucha de clases, permanecía ligado a la vieja herencia republicana y pretendía unir el socialismo a la tradición revolucionaria de la burguesía por una república abierta a las reformas sociales.

Jaurés fué elegido diputado, de nuevo, en una elección parcial realizada en enero de 1893, poco después de la gran huelga de los mineros de Carmaux, en la segunda circunscripción de Albi, defendiendo el programa socialista. En las elecciones generales del mismo año logró una resonante victoria. Derrotado en 1898, vuelve a triunfar en 1902 y desde entonces representa sin interrupción la segunda circunscripción de Albi hasta el día de su muerte, el 31 de julio de 1914.

En Jaurés es preciso distinguir dos aspectos bien definidos: uno que corresponde al escritor de vasta obra creadora, historiador de singular erudición y penetración crítica y periodista múltiple, combativo y razonador poderoso; y otro que se relaciona con el político activo, de extraordinario dinamismo, que se destacó como orador incomparable en el meeting y en la Cámara, y fué el líder del socialismo francés desde 1905 hasta 1914.

En estos instantes, de su amplia actividad, impresiona su denodada contienda contra la guerra y su defensa intransigente de la democracia y la paz. La posición política de Jaurés merece muchas críticas, dado su reformismo conciliador; pero su larga y consecuente jornada pacifista es admirable. Permaneció invariablemente leal al pacifismo y gastó sus mejores esfuerzos en su propaganda hasta entregarle su vida. Y es esta noble

actitud de Jaurés la que compromete nuestro reconocimiento emocionado y nuestra adhesión.

\* \* \*

Jean Jaurés emprendió la tarea de redactar una historia socialista del desarrollo de Francia desde 1789 hasta 1900. En esta vasta obra Jaurés escribió los tomos correspondientes a la gran revolución: «La Constituyente», «La Legislativa» y «La Convención». También redactó el tomo sobre «La guerra franco-alemana». Con el objeto de contribuir a la explicación del programa socialista publicó «El nuevo ejército», para exponer sus ideas sobre una nueva organización de las fuerzas armadas. Su labor periodística es de gran importancia y son innumerables los artículos de prensa que dejó dispersos en «La Depeche», de Tolosa; «La petite République»; «L'Humanité», que fundó en 1904, transformándose en el diario oficial del Partido Socialista francés (S.F.I.O.) hasta su división en el Congreso de Tours, en 1920. También insertó varios ensayos en «La revue socialiste». Algunos de estos artículos han sido coleccionados. Los que publicó sobre el asunto Dreyfus fueron agrupados en el tomo «Les Preuves»; otros lo han sido en los volúmenes «Action Socialiste» y «Études socialistes».

Jaurés en su historia socialista de la revolución francesa dirige la investigación hacia el plano de los fenómenos económicos y sociales como decisivos en el curso de dicho suceso, sin dejar de señalar la importancia de las causas ideológicas, teorías políticas y filosóficas. Desde la aparición del magistral estudio de Jaurés la revolución francesa se nos presenta como el coronamiento de una larga evolución económica y social en la que el poder de la burguesía, que llegaba a su madurez, se impuso y logró su lógica consagración hasta ser la dominadora del mundo. La gran revolución no tuvo un carácter socialista, pero de ella, sin embargo, salieron en el siglo XIX la demo-



cracia francesa y la democracia europea. Su obra fundamental consistió, en el orden económico y social, en romper las antiguas formas de producción, en destruir los antiguos moldes que se oponían al desarrollo industrial; y en lo político consistió en abolir los privilegios de la nobleza y del clero, en poner fin a la monarquía de derecho divino y en proclamar los derechos del hombre y del ciudadano. Y no podía hacer más, puesto que el socialismo exige un estado de la evolución económica, un desarrollo de las fuerzas productivas, un perfeccionamiento de la técnica y una conciencia de las clases trabajadoras, que no existían en 1789-1793.

La Revolución francesa se inspiró en las ideas del liberalismo económico e hizo más por salvaguardar los derechos de la propiedad que para proteger los del hombre, incorporando a la burguesía al Estado y a la riqueza en beneficio de la cual se lograron nuevos privilegios. El drama de la revolución francesa, según lo nota Jaurés, es que a pesar del derrocamiento de las clases feudales y de la transformación del individuo en ciudadano, lo esencial de los privilegios antiguos fué mantenido.

Jaurés señaló un nuevo método, y abrió una etapa fecunda, en la reinterpretación del proceso revolucionario de 1789 y su huella ha sido seguida por los diversos historiadores que, después de él, se han preocupado de este magno acontecimiento histórico.

\* \* \*

A principios de 1893, a consecuencia de la huelga de los mineros de Carmaux, se produjo una elección complementaria en la segunda circunscripción electoral de Albi, a la cual pertenece Carmaux. Los obreros levantan y hacen triunfar la candidatura de Jaurés. A partir de ese instante entra a figurar en el estado mayor del movimiento socialista francés. Su llegada a la Cámara, como diputado socialista, coincide con el esta-

llido del famoso escándalo de Panamá, uno de los más típicos del régimen burgués en Francia. Dió motivo para que Jaurés fustigara la plutocracia y presentara una orden del día afirmando que la aplicación resuelta y metódica de la política socialista es la única que puede poner fin a los escándalos que son la consecuencia natural y necesaria del régimen económico capitalista.

Con gran rapidez, Jaurés se destacó en el seno del Parlamento por su versación sociológica y su brillante oratoria. Pronuncia discursos elocuentes, exhibiendo los abusos y las injusticias inicuas del sistema dominante. Casi al terminar su mandato, Francia es sacudida por el famoso asunto Dreyfus, que alcanza caracteres dramáticos cuando el 13 de enero de 1898 estalla el formidable trueno del «Yo Acuso» de Emile Zola. Jaurés interviene a fondo en favor de Dreyfus; defiende y elogia a Zola; denuncia la complicidad del Estado Mayor en ese turbio enredo, creado por el militarismo antirrepublicano y por el nacionalismo reaccionario y antisemita. un abrumador ataque cae sobre la persona de Jaurés y la acusación de «traidor a la patria» es propagada por toda Francia. Esta campaña, concertada por las fuerzas hostiles a la democracia, le provoca la derrota en las elecciones de 1898. Pero Jaurés no desmayó en su actividad por esclarecer el asunto Dreyfus y fué uno de los principales artesanos de su reivindicación.

En el gabinete constituido, a mediados de 1899, por Waldeck-Rousseau, se incorporó, como Ministro de Comercio, el socialista Alejandro Millerand, de acuerdo con Jaurés y en abierta pugna con los principios y actitud del socialista francés, declarado enemigo de la participación en el gobierno. La actitud Millerand-Jaurés dió motivo a una desgraciada escisión. El sector doctrinario, leal al programa socialista, conducido por el gran líder Jurés Guesde, combatió violentamente la posición de los partidarios de Millerand y la lucha se enconó por la actitud represiva de los ministeriales en las huelgas que se suceden.

La discrepancia producida se tradujo en el seno del campo obrero en una contienda entre los socialistas reformistas, colaboracionistas, dirigidos por Jean Jaurés, Arístides Briand y René Viviani, y los socialistas revolucionarios, que se apoyan en la lucha de clases, conducidos por Guesde, Lafarque, Deville y Vaillant. Los «millerandistas» mantienen en su campo una parte del proletariado francés, valiéndose de las odiosas prácticas de corrupción que introducen en ciertos medios obreros a la sombra de las influencias del poder y atrayéndose a los hombres sensibles a los favores y a las ventajas personales. El Congreso de Amsterdam, de la Segunda Internacional, reunido en 1904, escuchó a los divididos socialistas franceses y después de oír un memorable debate entre Jaurés, sostenedor de la tesis reformista y ministerialista, y Guesde, defensor de la posición basada en una firme adhesión a la lucha de clases, se pronunció ampliamente por la tesis de Guesde y su resolución pasó a ser la «Carta de las reglas internacionales de la política socialista». Al mismo tiempo que definía la política del socialismo de acuerdo con su contenido revolucionario, condenando la participación ministerial, aprobó una segunda resolución en que llamaba a la unidad al socialismo francés.

Apenas terminado el Congreso de Amsterdam se reunieron los delegados de los dos grupos y acordaron su unidad, según una declaración conjunta donde afirman que el «Partido Socialista es un partido de clase que tiene por objeto socializar los medios de producción y de cambio, y por medio de la organización económica y política del proletariado. Por su objetivo el Partido Socialista no es un partido de reforma, sino un partido de lucha de clase y de revolución. Los elegidos del partido al Parlamento forman un grupo único en frente de todas las fracciones políticas burguesas; ellos deben rechazar los créditos militares, los créditos de conquistas coloniales, los fondos secretos y el conjunto del presupuesto».

Esta declaración fué ratificada en un Congreso nacional



de unidad, a fines de abril de 1905. Quedaba fundado el Partido Socialista Unificado, sección francesa de la Internacional Obrera (S.F.I.O.). Había triunfado la tesis de Guesde, pero el jefe del partido lo será, hasta su muerte en 1914, Jean Jaurés y poco a poco pierde su carácter específicamente revolucionario para transformarse en una agrupación de reforma y de democracia social, no de lucha de clase y de revolución. En 1914 obtuvo 1.400,000 sufragios y 104 diputados.

\* \* \*

Desde este período de 1905 en adelante se afirma la posición pacifista del socialismo francés y Jean Jaurés se destaca, magníficamente, en su defensa. Es este el aspecto de su personalidad que atrae nuestras simpatías y merece nuestro respeto. Es esta actividad pacifista la que otorga al socialismo francés de pre-guerra una señalada ejecutoria moral. Combate la intervención en Marruecos, la ley militar de los tres años y los crecidos gastos armamentistas. En sus diversos congresos discute su posición frente a la guerra hasta concretarla en una resolución, defendida por los líderes Vaillant y Jaurés, que contempla la lucha contra el militarismo y la supresión de los ejércitos permanentes y en caso de conflagración la huelga general y la insurrección.

En el séptimo Congreso de la Segunda Internacional, celebrado en Stuttgart en agosto de 1907, se discutió con calor este punto. La posición del socialismo francés, defendida por Vaillant-Jaurés, fué aceptada. En una resolución aprobada por la unanimidad de los delegados, y en la que se confirman anteriores votos contra el militarismo, el imperialismo y la guerra, se expresa en el párrafo final, tomado de una enmienda de Lenin y Rosa Luxemburgo, que en caso de que la guerra estalle la clase obrera tiene el deber, para hacerla cesar, de utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada para

agitar las capas populares más profundas y precipitar la caída de la dominación capitalista. Esta concepción de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil es la que Lenin aplicó en 1917 en Rusia, permitiéndole triunfar.

Jaurés pronunció en estos dramáticos meses varios discursos combatiendo la guerra, en los grandes centros de Francia. Advierte a los gobiernos capitalistas los peligros a que se exponen y señala a los trabajadores que su deber es el de no derrochar sus energías en favor de un gobierno belicista sino que el de retener las armas puestas en sus manos y servirse de ellas para abatirlo revolucionariamente.

Su campaña pacifista es denunciada como «traición a la patria», pero Jaurés no desmaya en ella. Es respaldada en el congreso internacional extraordinario de Basilea, reunido en noviembre de 1912, y donde se revelan una vez más las maniobras de los gobiernos que conducen directamente a la guerra: asunto de Agadir, guerra ítalo-turca, guerra balcánica, política reaccionaria del zarismo, que es denunciado como el peor enemigo de la democracia europea. El congreso indica a los gobiernos que se ponen en peligro ellos mismos si desencadenan la guerra.

Un Congreso extraordinario del Partido Socialista, realizado en París, en los días 14-16 de julio de 1914, da una nueva ocasión a Jaurés para que se pronuncie por la huelga general como el medio más seguro de conjurar el azote de la guerra e inspirada en sus ideas, se aprueba una moción que la recomienda para impedir el conflicto que los amenaza.

Los hechos se suceden con increíble celeridad en los diez días posteriores a esa reunión. En el último discurso que pronunció Jaurés, en Lyon, a pesar de la gravedad de la situación, aun exclama con fe: «Tengo la esperanza que el crimen no será consumado».

El 31 de julio realiza múltiples gestiones en favor de la paz ante el gobierno. En la tarde, después de permanecer en el



diario «L'Humanité», concurre al restaurante Croissaut, en Montmartre, donde es asesinado, a balazos, por un individuo medio loco, llamado Raoul Villain.

Así cayó Jean Jaurés, primera víctima de la espantosa guerra de 1914-1918. No podemos olvidar su tenaz y valerosa campaña para impedirla y mantener la armonía de las naciones.

Jaurés luchó por establecer una democracia social amplia y justiciera y defendió al hombre y sus valores espirituales. Pereció por lograr que se mantuviera la paz, palabra simple, elocuente y humana que resume los anhelos de todos los seres humanos. Jaurés fué un mártir en esta cruzada pacifista y es un símbolo para todos los hombres amantes de la libertad, la justicia y la paz.—J. C. J.



LA OBRA Y LA PERSONALIDAD DE HOMERO BASCUÑÁN, por *Luis González Zenteno*

No sé hasta qué punto los críticos son necesarios; pero lo cierto es que la diversidad de juicios frente a una misma obra de arte, desconcierta al profano y pone en tela de juicio las facultades de los críticos. El propio Dostoiewski, aun traído y llevado por muchos, fué ignorado por críticos de su tiempo. Arturo Koestler, autor de varios libros apasionantes, comenta con humor irónico en «El yogi y el comisario», que no sería nada de raro que un crítico inglés descubra «ciertas posibilidades» en el autor de «Crimen y Castigo», y vaticine un éxito estruendoso a una joven novelista que enhebra un idilio rosa en las campiñas inglesas. La variedad de opiniones es tan grande, que un famoso pintor inglés declaró que, no se debe decir «esto es feo o esto es bello», sino «esto me gusta o esto no me gusta», que es lo más apropiado.